
GALICIA

REVISTA REGIONAL

LA FIESTA DE LA PATRONA ⁽¹⁾

A *festa d'a fame* llaman á la de Santa Leocadia en aquel país, porque cuadra precisamente cuando no hay abundancia más que de hambre para el labrador pobre. Sin embargo, ninguno lo es tan rematado que no lleve al molino algunos ferraditos de trigo para hacer pan blanco, *mollete*, que es para ellos distintivo de la holgura y el regalo, y con muchos días de anticipación se observan por los caminos filas de hombres y mujeres que van y vienen con sus sacos de grano ó de harina sobre la cabeza. Dos días antes de la fiesta celébrase la matanza general de terneras en el Soto de Santa Rosa. Allí se instalan los carniceros desde muy de mañana, armados del cuchillo sacrificador y cada cual trae su res. Los ricachos consumen una entera; pero lo general es que vayan á medias ó á cuartas partes entre vecinos. Los que no han comprado en vivo, pueden en el soto rematar algún trozo de los que se venden á pública subasta, y hasta los pobretes tienen el recurso de procurarse por poco dinero una razonable cantidad de entrañas ó de *callos*. ¡Cuánta animación, cuánto movimiento y que poca lástima! ¡No hay un cristiano que se duela de aquellas pobres víctimas del bien público! Miradas de indiferencia hay sólo para ellas en el momento del sacrificio, y de codicia para las que, colgadas ya de las esqueletadas ramas, parecen frutas de una nueva tierra de promisión. Aquí se descuera una, á su lado se destripa otra, y más allá se descuartiza la carne palpitante. Cada cual sale

(1) Capítulo XV de una novela inédita.

provisto del privilegiado soto, y en todas las casas comienzan los preparativos de una verdadera bacanal de glotonería.

Desde las primeras horas de la mañana, el día de Santa Leocadia ábrese la puerta de la abundancia al castigado apetito, y aquellos estómagos dilatados de todo tiempo por el alimento vegetal voluminoso, se encuentran de una capacidad asombrosa para estas revanchas. Compónese el desayuno, de la parte más ligera de la apetecida res; los livianos y el hígado, guisados por supuesto con fuerza de cebolla, ajos, pimentón y nada escasos de aceite: con esto, la *perrita* no cae en estómagos vacíos. Desde aquel punto y hora, no se dan descanso las abuelas en el guisar y la gente de casa en el comer. La *artesa* con los panes está abierta para todas las voluntades que no son desdenosas ni mal agradecidas á la invitación. A la hora de comer, pónese en la mesa de los más afortunados, abundancia de fideos con leche; unas fuentes de cerdo cocido con legumbres, capaces de marear al más empedernido marino; carne guisada, bacalao y el plato especial de la fiesta, arroz con leche, ó sea *papas de arrox*, que se confecciona por arrobas y se come por kilos. Distingúese el segundo día del primero, en el desayuno, para el cual se reserva el bocado más apetecido y de mayor desempeño para las guisanderas; los callos. El resto del *menú* es idéntico al ya descrito, donde no falta vino en abundancia y bebidas alcohólicas.

La comida, la misa y la *foliada* son las tres partes del programa de la fiesta.

En la iglesia, con los primeros cohetes, principia la víspera, la función. Para entonces ya está aquello barrido, vestidos los santos y adornados con mirto y flores hasta las ánimas benditas. Desde las primeras horas de la mañana llegan al atrio las rosquilleras que instalan á un lado y otro sus mesas cubiertas de manteles blancos, sobre las cuales colocan simétricamente rimeros de roscas, maragatos de galleta y dulces finos, flanqueados por botellas de *resolio* y otros licores de primera. Hácenles competencia los que venden el aguardiente al natural, sin adornos, en sendos barrilitos colocados, en posición acomodada, en los dos serones de un burro. Vienen luego las músicas. ¡Deplorable imposición de la moda! La sencilla y graciosa gaita, alegoría típica del gallego, rasgo el más característico de su asociación, ritmo de sus cadencias, acompañamiento de sus alegrías, intérprete de sus sentimientos, levantadora de su ánimo, consoladora de sus pesares, relegada va quedando á los últimos términos, y en la fiesta de la patrona no tiene más puesto que el de preceder á la santa durante la procesión alrededor del atrio. Las infernales murgas, invento de un desalmado para martirio de los que tienen alma y venganza de los que nacen fuera del radio de los goces artísticos, ha venido á sustituirla hasta dentro de la iglesia. Compónese la máqui-

na infernal de cuatro instrumentos de martirio: clarinete, cornetín, bombardín, bombo y platillos.

Pero estos últimos son dos delitos en un mismo pecado, porque uno de los platillos está fijo en la parte superior del bombo, el cual cuelga por medio de una correa de los hombros del forzado gañan, que de este modo queda con las dos manos libres para dar á diestro y siniestro, ya en el bombo, ya en los platillos, lo cual hace sin avaricia y con toda la rabia que la pesadumbre del oficio le impone. El canto llano solo es acompañado por clarinete y bombardín. Acompañado no es la palabra; llevado en vilo, diremos mejor, puesto que uno de los instrumentos va delante y el otro detrás. Es el adalid el clarinete que alardea de dar el tono á los cantores y hace mil pinitos y floreos durante la respuesta del coro al preste. El bombardín va siempre á retaguardia imitando los pocos sonidos que puede pescar á manera de los estúpidos que repiten la última palabra que oyen y que molestan porque asienten siempre.

Solo en los interregnos, cuando el coro está en silencio, y ora únicamente el oficiante, despliega sus recursos la orquesta plena llenando el templo con los desacordes de un wals-polka ó una dancita habanera. En tales momentos, incapaz el bombardín de coger al oido los giros de cada compás, rompe por su cuenta y riesgo, acompañando la pieza invariablemente en tono distinto y con el ritmo cambiado, convirtiéndose así, de afirmador servil en inícuo contradictor.

Afortunadamente en estos dias de invierno no hay entre los fieles quien se escandalice de semejantes desmanes artísticos; el *señorio* no va por allí sinó en verano, y los que rezan á Santa Leocadia lo hacen con ó sin el bombardín, de igual manera y tal vez sienten allá en un fondo de sentido común, no viciado, que la distancia entre lo rústico y lo civilizado comparada con la que hay de lo civilizado á lo perfecto divino es tan pequeña, que luego queda borrada cuando el espíritu se remonta, llevando á Dios la oración pura que para nada necesita de contrapuntos ni de armonías.

Sale la procesión por el atrio y da la vuelta al crucero situado al extremo en una altura, la cual se presta grandemente á que sea pintoresco en grado sumo el cuadro que forman acompañando á los santos las mujeres, cuyas mantillas negras envuelven los hombros y dejan descubiertos los pañuelos de seda azules, encarnados y amarillos que cubren las cabezas. El honor de llevar los santos es muy solicitado por los mozos más amigos de figurar; que al llegar á la iglesia atan su pañuelo á un palo de las andas de la santa ó santo preferido, reservándose sólo para los marineros la Virgen del Carmen.

Una vez cumplido este deber de cortesía y cuando la patrona, acompañando á la Virgen y seguida á su vez por Santa Lucía, San Roque y San Antonio,

han sido respetuosa y atentamente colocados en sus puestos dentro de la iglesia, ya no se piensa más que en bailar, y pronto las tres músicas colocadas á lo largo del atrio, han atraído cada una delante de sí suficientes elementos para formar un núcleo concentrado y giratorio, rodeado de un círculo no giratorio de mirones que se confunden con los del baile próximo, mientras que, por el lado del monte del Sino, á lo largo del terreno elevado, se colocan los más diligentes espectadores, que vienen á estar, como si dijéramos, en palco principal.

Momento es este muy oportuno para deplorar la hibridación que la proximidad á Torreomar produce en los trajes y costumbres de estas aldeas. Lejos, muy lejos estamos de encontrarnos entre genuinos gallegos de sencillas, hereditarias costumbres y trajes tradicionales y pintorescos. Aquí las muchachas que van á las fábricas y los mozos á las obras de la ciudad, modifican el espíritu de familia y cambian las condiciones de la vida. Principian por sentir la necesidad de no desdeñarse de sus compañeros urbanos, adoptando telas y modas del pueblo sin apartarse completamente de sus antiguos trajes de aldea. Así, se ven *mantelos* de paño negro rodeados de ancha franja de terciopelo, que se cierran detrás en la cintura con corchetes de plata y largas cintas de colores, sobre faldas de cola con volantes. Otras, por el contrario, adoptan el delantal con guarnición encañonada de las niñeras de la ciudad y conservan la chaquetita corta de paño negro con terciopelos y azabaches, pañuelo de vivos colores por debajo y aderezo y pendientes de plata dorada. En los hombres la degeneración del traje es más completa. Véanse camisolas con chorrera, bufandas, americanas y la mayor variedad posible en sombreros y gorras de pelo, donde se admiten todas las formas, con tal que no se parezca á la benemérita *monteira*, que con el *dengue* y la *moca*, llora sus cuítas al son de la plañidera gaita por no ver las amarimachadas posturas y los abominables menéos de las parejas que bailan danzas y polkas en el profanado atrio. Pero no hagamos como ellas y otros muchos que con la vejez se van quedando cortos de vista y de sentido. No todos son males los que traen esta mezcla de las ciudades con las aldeas.

En primer lugar aquí no hay emigración; todos los brazos desocupados encuentran trabajo en Torreomar y salida segura y ventajosa cuanto la tierra ería y la diligencia de la labradora allega.

Felices, pues, en medio de la pobreza general de Galicia, pueden llamarse estas aldeas de la costa, en las cuales todos pueden vivir sin abandonar el hogar; ese hogar tan querido, tan suspirado, tan deseado para los infelices que se ven obligados á dejarlo ó ir á luchar por su reconquista en apartados y mortíferos climas!

Además, no se crea que el contacto con las gentes de la ciudad desmora-

liza á las del campo. Las mujeres que van á las fábricas, si no vuelven todos los días á su casa, á lo ménos vienen el sábado por la tarde y respiran el domingo el aire saludable de la aldea. La familia, la iglesia, la *foliada*; he ahí reunidas las necesidades y las satisfacciones de su vida: no ambicionan otras, y cuando dejan el oficio porque se casan ó porque tienen que cuidar de sus hijos, no sienten el cambio: para ellas, que nunca dejaron de ser campesinas, la población es un medio de ganar un jornal y nada más.

En casa de don Benito se echaba el resto. Pequeña era la cocina, pero Mariana había ordenado personal y utensilios de tal suerte, que todo tenía acomodo y la tarea se hacía sin desorden. En el fregadero la señora Juana. En la mesa de castaño, batiendo las claras para el Chantilly, José; Lorenza limpiando platos y atendiendo al servicio que demandaban ó devolvían los dos criados de mesa. Mariana, sin dejar su fogón ni descuidar su sartén, atendía á todo y había colocado, con mucha previsión, en el banco de invierno al alcance de su mano la orza de la grasa, la cajita de las especias, vino, sal y todos los condimentos de que tenía necesidad para el último perfil de sus guisos. Y en verdad, que á juzgar por lo vacías que venían las fuentes, podía ella estar satisfecha de la opinión que de su habilidad culinaria debían formar los de arriba. Aquello era mucho comer. Después de la sopa de arroz con menudos y los enormes cocidos en que no faltaban los chorizos por medias docenas y las gallinas á pares, llevaban ya despachados el lomo de cerdo en zorza, los pollos asados, las patas en salsa verde y las lenguas lampreadas. Cada uno de estos succulentos *principios* había sido recibido con aclamaciones, palmoteadas y taconeadas, ruidos que, produciéndose sobre el bajo techo de la cocina, venían, no á lastimar los oídos, sino á satisfacer el amor propio y halagar el corazón de la cocinera que en su virtud soportaba la abrasadora irradiación de su laboratorio.

Todo iba bien hasta que Pedro, después de haber subido al comedor el plato en que Mariana fundara mayores esperanzas de éxito, el enorme rost-beef, volvió á entrar al poco tiempo con él casi intacto.

—Y luego, ¿qué tiene?—dijo Mariana adivinando con increíble perspicacia un *fiasco*.

—Dice que está crudo.

—¿Y quién lo dice?

—Lo dice don Ambrosio.

—¡Crudo!—Murmuró entre dientes con otras palabras poco ortodoxas y con más apariencia de ira que de desconsuelo. Y arrebatándolo de las manos de Pedro principió á dar pinchazos con el trinchador y cortes con la punta del cuchillo para ver de que color se presentaba por dentro la censurada vianda, y al observar que el jugo de que al momento se llenaba la incisión

era sanguinolento, exclamó:—¡No saben comer! La culpa tengo yo en matarme por ellos!—Y dirigiéndose á don Benito, que entraba en aquel momento con un plato lleno de tenedores sucios para que se los lavasen, prosiguió satisfecha de tener sobre quien descargar la nube. Ya puede usted volverme á mandar hacer *rosbí* para quien no sabe lo que come: que lo vengán á hacer ellos si quieren.

—¡Decir que está crudo cuando lo tuve tres cuartos de hora en el fuego!....

—Calle, mujer, calle—dijo D. Benito también muy contrariado.

—Esas *le* son cosas de D. Ambrosio que anda de mal humor por motivo que yo me sé; los demás no dijeron nada.

—Pues si está de mal humor bien podía ir á pegarla con quien le tenga la culpa, y no venir á poner *chatas* á las casas de fuera ¡es mucho cuentol

—Mire; lo que hay que hacer—prosiguió el amo—es dejar el *rosbí* para la cena y dárselo, que ellos lo tragarán.

—¡Pocas gracias! refunfuñó la ofendida mientras colocaba, ya sin ilusión ninguna, las ocho perdices en la honda fuente que Pedro le presentaba.

Bien se dejaba conocer que españoles eran, y no ingleses, los convidados de don Benito, porque, no bien se dejó percibir el tufillo de ajo y aceite del estofado que subía por la escalera, cuando se levantó especial clamoreo, y las perdices fueron recibidas con un verdadero simulacro de cacería. Unos imitaban reclamos, otros el ladrido del perro; aquel, la detonación de una escopeta, el de más allá, subido sobre una silla, se apoderaba al paso de la pieza cazada sin ocuparse ya más que en devorarla, mientras el resto de los comensales coreaban la cazata con una prolongada repetición de ¡perdices! ¡perdices! ¡perdices!....

Eran catorce de mesa: hombres solos, y á excepción del médico, de un hacendado y de un paisano rico, todos solterones y de la misma posición social que don Benito. Tenían sus sombreros calados, sus trajes de invierno, su calzado tosco, y cada uno, prescindiendo de formas que no tenían allí razón de ser, adoptaba, en tanto que la estrechez del sitio lo permitía, la postura que le era más cómoda. A excepción del anfitrión todos estaban entregados al placer de comer y beber sin medida. Don Benito no probaba bocado. Intranquilo por el temor de que algo saliese mal, atento á calcular los cubiertos y los platos que eran necesarios para cada servicio, temeroso de que un descuido de la fregona le dejase suspendida la comida, no pasaban dos minutos sin que se levantase de su asiento para ayudar á los criados y echar un vistazo á la gente de la cocina. De paso traía siempre nueva remesa de vino, porque la arroba que por precaución había embotellado, solo llegó para preparar el paladar y excitar la sed, y la barrica del despacho no se daba más descanso en llenar botellones que don Benito en traérselos.

Era la conversación animadísima y versaba sobre política, pero no sobre la política de campanario, sinó sobre la alta, la trascendental política. Aquellos días había habido grandes noticias para los carlistas, por lo menos ellos las juzgaban de la mayor importancia, y de un momento á otro esperaban que resonaría otra vez en España el grito de la guerra salvadora.

—Pero hombre, ¿cuando llegarán á Torremar esos cajones de escapularios que hay que repartir? Yo los espero con impaciencia—decía Noseiro.

—Ya llegarán, ya llegarán—contestaba con aire de misterio y conocimiento á la vez don Ambrosio.

—Me estoy gozando—proseguía el de los escapularios—en pensar que carra pondrán los propietarios cuando vayamos á sacarles el ánima del cuerpo. Yo me encargo de todos los que hay desde la Angustia hasta la cuesta de Ares. He de tener el gusto de colgar á cada uno, y cuando le vea pendiente de un árbol le preguntaré: ¿Tu cuántas fanegas dás?—Señor, yo daré cincuenta.—No es bastante—¡Isa!! entonces se han de pagar las cuentas atrasadas.

—Eso, eso!—vociferaban los correigionarios recibiendo la gracia con grandes carcajadas, mientras el hacendado decía mesuradamente:

—Yo no les había de dar á ustedes más castigo que dejarles á su don Carlos por un par de años, para que ustedes mismos acabasen con él.

—También le digo una cosa—exclamó Noseiro—Soy tan carlista como el que más, pero si el día de mañana nuestro Rey no se porta con nosotros como tiene obligación de hacerlo, yo sería el primero en darle el golpe de gracia; la verdad es la verdad.

—Cuando les digo á ustedes que se lo habían de comer antes de dos años!.. Es tan imposible el absolutismo en España, como que resucite mi abuela. Si hubiese sido posible ya conoce usted que hace muchos años don Carlos reinaría, porque ya pudo estar en Madrid.

—Pero entonces no vino porque aun no estaba la cosa madura; aun no estábamos preparados; ahora es distinto.

—No soñeis; no soñeis con esas ilusiones—dijo uno de los comensales residente en una parroquia vecina.

—Calla tu, renegado,—vociferó Noseiro.

—¿Cómo renegado? Yo nunca hice otra profesión de fe.

—¿Qué fe ha de tener un descreído como tu! Mira, estoy seguro que aquí el señor don Cándido, que es la primera vez que se encuentra entre nosotros, está escandalizado de tí, y dice para sus adentros: Si este hombre siendo lo que es no es carlista, si no fuera lo que es, ¿qué sería?

La gracia de esta conversación es que se hablaba una mezcla de castellano y gallego, de suerte que el que empezaba una frase en el idioma prime-

ro, la terminaba en el dialecto segundo con la fluidez de personas que están, acostumbradas á usar de la palabra. Sólo el hacendado, hombre formalote y que había estudiado leyes, se expresaba en buen español, y tomaba por lo serio la discusión, esforzándose por demostrar á Noseiro la imposibilidad de ver el régimen absolutista replantado en España, cuando éste, después de haber dado un par de sorbos á su café, se levantó, y con voz clara, y entonando la música aquella de *El joven Telémaco* que dice: «Chiquillo no digas eso, tu madre te va á pegar,» cantó:

En España hace falta
República federal
Libertad de cuuultos!!!
El tabaco y la sal.

—Hombre; con ustedes no se puede hablar!—y el hacendado se volvió hacia el izquierdista que era el que sus compañeros llamaban el renegado y que, apoyado por el médico y por alguno que otro menos recalcitrante, asumió la defensa de la causa del progreso, subiéndose sobre la silla para hacerse oír. Pero inútilmente; Noseiro había adoptado el canto como medio de defensa, y á las peroraciones de su adversario contestó:

Carlos Chapa es un bandido,
Carlos Chapa es un bribón,
Carlos Chapa es un pillo,
Pero os ha de matar la coción.

Entonces el Renegado, viendo que no podía usar de la palabra, quiso vencer al contrincante con sus propias armas, cantando el himno de Riego, y Noseiro terminólo, y con toda la fuerza de sus pulmones se puso á cantar:

Trágala, trágala, trágala, trágala, trágala, liberalón
Tu que no querías á don Carlos de Borbón.

Acabóse! el Renegado bajó de su silla y no se ocupó más que de tomar su café y sus copas, mientras el vencedor seguía improvisando y entonando canciones capaces de enardecer á los más tibios.

—Vaya, vaya, dejémonos de coplas—dijo uno—¿no se hace nada de provecho, ó qué es esto?

—Vengan los naipes Benitiño—gritaba otro.

—A jugar, pues, señores, y aquí está el banquero—terminó diciendo Noseiro.

En un abrir y cerrar de ojos fué despojada la mesa de los relieves del banquete y cubierta con una vieja capa de don Benito, que había adoptado este singular tapete, después que la experiencia le había hecho conocer el mal camino que llevaban los legítimos en las manos convulsas de los que perdían. Noseiro se colocó en el centro de la mesa; trajéronse dos quinqués, uno

para cada lado, y al momento se vió rodeado el nuevo tabernáculo de fervientes adoradores sentados en primera fila, y de no menos adictos prosélitos en pié, detrás de los primeros.

—¡Juego! una, otra, otra, cuatro—elijan—decía Noseiro—Nones aquí, pares aquí.

—Una peseta al dos; y una mía; y otra mía. Dos al as.

—Cuidado hombre, que el as está en puerta.

—Otra al as.

—Se admite.

—Pero si el es está en puerta; si no juega este as: esta es la cuestión

—Bueno, señor; ya está zanjada. Vuelvo: casada; dos pesetas.

—Todas las que quieran.

—¡Hola! parece que fuma en pipa.

—Rey á la vuelta, eso es sabido. Un tres; malo, malo. ¿A ver si ese seis de bastos viene?

—Es carambola, hombre. ¡Seis pesetas!

—¡Ay! que gran ladrón: el verbo rapio es el único que estudió en latín. Otro elijan: ¡está la democracia perdida! ¡Vuelvo!

—No hay que fiarse del banquero.

—Poco á poco: un mestizo haría cualquier cosa, pero un íntegro...

—Supongo que ningún banquero quiere ser mestizo pudiendo ser íntegro, é íntegro de corazón.

—Este tres vale muchos cuartos; señores, una corazonada: no hay que distraerse, que ahora se gana y se pierde, y ¡viva Pi Margall!

—Una peseta mía, y otra mía, y otra mía.

—Dos duros.

—¡Que gordo roncas!

—Cada uno puede hacer de lo suyo un pandero.

—*Os liberales son o demo.*

—Una peseta de afuera es mía. ¿A ver? ¿Quién puso dos pesetas?

—Yo pagué á todos: el banquero no puede hacer más.

—El banquero tiene obligación de saber á quien paga para no dar nada indebidamente. Aquí se me ha sustraído una peseta.

—Pero santo; tuviera usted cuenta con sus puestas, que esa no es obligación del banquero.

—Si señor, es obligación.

—Está usted muy equivocado: las puestas pueden pegarse de cachetes entre sí: el banquero no tiene más obligación que la de pagar lo que pierde.

—Pero ¿usted ha visto quien llevó la peseta?

—Sí.

—¿Y luego por qué no lo dice?

—Porque no me da la gana.

El episodio amenazaba agriarse cuando dijo con mucho modito don Ambrosio.

—Es lástima que no ponga usted á sus puertas un letrerito.

—Le diré á usted, señor don Fulano. Yo no pongo á mis puertas un letrerito por esto..... y por aquello..... y por lo de más allá.....

Y por mil improprios que soltó por aquella boca el irascible, gracias que nadie le contestó palabra, y el bueno de Noseiro suspendió el juego, retirando el dinero de la banca y poniéndose á barajar tranquilamente, diciendo:

—La primera hora á *posteriori* del café es muy excitante, y no tiene nada de particular que ocurran acaloramientos.

—Morir habemos, señores.—sonó por allí una voz—lástima de máquina de fotografía!

—¿No les parece á ustedes bien que se abra una ventana? Parece que nos ahogamos aquí.

—Que se abra ésta y nos entrará el aire de Torremar que es fusionista.

—No, que viene del Norte, de los carlistas: esto regenera y reverdece. A ver; pelillos á la mar. Vuelva á empezar la banca.

—Amo de casa; si tuvieses por ahí algo con que suavizarme esta garganta que la tengo perdida.

—Ahí va una copa de coñac.

—Hombre: lo único bueno que tenías era que no te emborrachabas diariamente.

Cuando el solaz y la bromística conversación llegaban á este punto en casa de don Renito y éste, atento siempre á lo que todos deseaban, seguía con su botella de coñac en la mano, ofreciendo alivio á las gargantas secas, entró en el corral de la casa un emisario del cura, que no había querido bromas ni en su casa ni en la ajena, con una carta que pocos instantes después leía don Benito, y decía poco más ó menos lo siguiente:

—«El pobre Pablo está acabando de perecer; esta familia está sola, abandonada. Yo me paso aquí todas las horas que puedo, pero esto no es bastante. Venga usted por caridad: yo no hubiera querido hacerle salir de casa en un día como este, pero sé que usted lo hará con gusto por servir de algo á estos infelices y á mi, que tampoco soy muy afortunado.»

D. Benito no vaciló: llamó aparte á su amigo Noseiro para enterarle del motivo de su salida, y encargarle se la explicase á sus compañeros cuando estuviese lejos. Después hizo á sus criados todas las recomendaciones que le parecieron necesarias, montó en su yegua y diciendo á Pedro González

que tomase tras él el camino de Boagro, salió á buen trote, y un cuarto de hora después se apeaba en casa de Cernidas, donde el contraste de lo que halló con lo que dejaba, le hizo poner los pelos de punta y dió al traste con toda su serenidad.

EULALIA DE LIANS.





HENRI SAINTE-CLAIRE DEVILLE

INFLUENCIA DE SUS TRABAJOS EN LA QUÍMICA ACTUAL (1)

I

Introducción.

Apenas había transcurrido un mes desde la muerte del insigne Littré—acaecida en Junio de 1881—cuando bajó al sepulcro el sabio químico, cuyo nombre sirve de título á este trabajo. La Academia de Ciencias de Paris perdió en Sainte-Claire Deville, uno de sus miembros más ilustres; la Sorbona uno de sus mejores maestros y la Escuela Normal el más reputado de sus Profesores de Química. Fué, por muchos y varios conceptos, uno de los continuadores de Lavoissier y de su gran obra. A Sainte-Claire Deville se debe

(1) El presente artículo es el capítulo primero de una obra inédita, cuyo índice es como sigue: II. *Biografía de Sainte-Claire Deville*.—III. *Sainte-Claire Deville en la Cátedra y en el Laboratorio*.—IV. *Exámen de sus trabajos en conjunto*.—V. *La lección acerca de las leyes de los números en la Química*.—VI. *Concepto de la afinidad*.—VII. *Exámen crítico de la disociación*.—VIII. *La monografía del aluminio*.—IX. *Conclusión*.

Esta obra tiene por objeto el estudio de las doctrinas ahora dominantes en la Química, por medio del exámen de los trabajos admirables de uno de los más ilustres sabios de nuestro tiempo.

el concepto mecánico de la afinidad; sus notabilísimos estudios acerca de las disociaciones, revelaron á la ciencia inmenso campo de nuevos experimentos y dieron al sábio justísima fama; de primer orden son los trabajos sobre la combustión, el ácido nítrico anhidro y otros particulares; la monografía del aluminio—con tanta razón llamado el metal del porvenir—las investigaciones, cuyo resultado fué fundir el platino y muchas más, referentes á muy varios asuntos de Química, siempre útiles é importantes, trajeron á la ciencia, de una parte, valioso caudal de hechos y aplicaciones originales, dotáronle de otra, con principios y teorías de gran alcance, revelación de espíritu filosófico, á la par que positivo y práctico, cualidades ambas que en el egregio maestro de la Escuela Normal de Paris resplandecían.

Por tales razones parécenme todos estos estudios tema muy apropiado para un trabajo que sea á modo de resumen crítico del actual progreso de la Química. Además, Sainte-Claire Deville, á la condición de científico, unía la de artista; fué en extremo aficionado á la música, y en varias ocasiones demostró sentir el divino arte. Quizá este sentimiento informa muchos de sus trabajos, y debo pensar, en vista de los hechos, que la influencia del arte y del sentimiento revélense perfectamente en los estudios del sabio. Más adelante expondré algunas reflexiones con motivo de tal asunto, y me atrevo á creer que ellas pondrán en claro y darán razón de muchas cosas, atribuidas, en casos determinados, á cierto poder intuitivo, casi sobrenatural; ahora basta indicar el hecho, como mera causa ó motivo de la presente obra. En cuanto á su utilidad, quisiera igualarse á mis deseos de producir algo que sirva de estímulo al estudio ó se pareciese á mi cariño y entusiasmo por esta ciencia de la Química tan fecunda en aplicaciones prácticas, cuanto rica en principios y leyes generales, utilísimas siempre para resolver los trascendentes problemas de la ciencia de la Naturaleza.

Aun cuando sea la más moderna y joven de las ciencias naturales, progresa la Química cual ninguna y sus procedimientos, mejorados de día en día adquieren cada vez mayor vigor en las determinaciones numéricas y parece cercano el anhelado momento de establecer la unidad dinámica del fenómeno de la combinación, consecuencia inmediata de los principios de la Termodinámica, la ciencia más positiva y verdadera de nuestro tiempo. Este maravilloso adelanto de la Química realizase, principalmente, en dos sentidos. Ha de considerarse, en uno, el progreso, que podría llamar interno, por referirse á la ciencia pura, y en otro lo que llamaré manifestaciones externas, y son las aplicaciones á todo género de industrias y artes, fundadas en el estudio de los fenómenos químicos. Dentro de la primera categoría pueden señalarse todavía dos nuevos géneros de adelantos, relativos al conocimiento y agrupación de hechos y al de las leyes, teorías y principios generales, hallán-

dose todo ello unido y enlazado admirablemente. Así no hay progreso en la nombrada Química industrial que no lleve consigo alguna consecuencia teórica, ni hecho, por pequeño é insignificante que aparezca, sin aplicaciones prácticas, lejanas unas veces, otras inmediatas y siempre relacionadas con determinadas apariencias del fenómeno. Dícese, por ejemplo, que el descubrimiento de un alcohol equivale al de un metal, para significar que cualquiera de estos cuerpos entraña y contiene el estudio de infinitos derivados, y bien pudiera extenderse el precepto á todos los fenómenos químicos, diciendo que cada uno encierra datos teóricos y á la vez sinnúmero de aplicaciones, ya que así lo exige esta ley de solidaridad, por la cual gobiéranse los hechos de la naturaleza y quizá las manifestaciones del espíritu. A pesar de ello, ni el progreso de la Química alcanza la misma extensión en todas sus direcciones, ni se desmenuzan los hechos, hasta el punto de utilizarlos y agotarlos en aplicaciones, ni siquiera alcánzase á descubrir, en cada fenómeno ó grupo de fenómenos, el dato teórico en cuya virtud algo puede inferirse acerca del *noumeno*. Las épocas del desarrollo de la Química tienen carácter propio, y aun cuando el adelanto se dirige á multitud de cuestiones, fijase el pensamiento de los sabios preferentemente en alguna y aun cada cual, con especialidad en los momentos actuales, conságrase á sus investigaciones predilectas, dejando á los demás el resto del vastísimo campo de la experimentación y del análisis. Sólo á los verdaderos genios y á las inteligencias superiores se reserva investigar en muchas direcciones; sólo unos pocos privilegiados, que ven las cosas desde cierta altura y dotados de magnífico golpe de vista, escudriñan, de una mirada, hasta lo más recóndito de los hechos, pueden ser, á la vez, teóricos y prácticos, experimentadores habilísimos y profesores eminentes, ya que en ellos reside esa facultad, notable en grado sumo, por igual capaz de dirigirse á la minuciosa investigación de los fenómenos, á sus aplicaciones industriales y á formular y establecer leyes y principios generales, síntesis y resumen del saber en determinado momento. De éstos fué Sainte-Claire Deville, según veremos muy pronto.

En su progreso, sigue la Química la suerte de las otras ciencias. Al comienzo diferenciábase apenas de la Alquimia y de la Física: todo herbolario, médico ó alquimista, era necesariamente químico, y ello tenía su razón de ser en que los principios de la ciencia de las combinaciones derivábase, ahora como antes, de anteriores conocimientos, más propios de otras ciencias que de la Química pura. Pero á medida que aumentaba el número de hechos y descubriábase nuevos fenómenos por medio de aplicaciones, cada vez más felices, del método experimental, los campos empezaron á deslindarse. Sin existir completa separación y absoluta independéncia, tratóse de establecer límites, con otro carácter, en verdad, mas indicando realmente, el término

provisional de las investigaciones, el alcance, en aquel punto, de los experimentos y medios analíticos: entónces surgen las primeras nociones y las teorías elementales, tan incompletas é insuficientes como se quiera, que respondían á las necesidades de la época y eran el lugar donde reuníanse y convergían los resultados experimentales. Admitiéronse verdades y leyes de cierto género, luego rechazadas, y dióse á los hechos singularísimas interpretaciones, ahora desprovistas de fundamento, ántes fiel expresión de lo conocido y rigurosamente determinado. Al adelantar los métodos, alejáronse de nuevo los límites, y el campo de la Química se hizo más vasto y dilatado; fué en aumento la cantidad de hechos, creció el de hipótesis y teorías y comprendióse la necesidad de ordenar y clasificar. Llegó la época de la nueva reforma y el tiempo de establecer analogías. De la precisión del sistema, reclamada por la ciencia, vino la nomenclatura, y tras ella el artificio de las fórmulas, medio abreviado de expresar los componentes de los cuerpos, y aunque bien pronto hubo de bastardearse el significado y alcance del simbolismo, él realizó los mayores adelantos de la Química. Era puro artificio y quisieron convertirlo en forma perfecta de la realidad, olvidando, al cabo, su categoría de mera hipótesis, útil en cuanto facilita la inteligencia de las combinaciones. Sin embargo, aún las variadas y múltiples doctrinas acerca de las fórmulas fueron utilísimas. A ellas débese el prodigioso desarrollo de la actividad de los químicos, los progresos del análisis, el descubrimiento de multitud de sustancias, reacciones y cuerpos simples, y sobre todo, aquella famosa y nunca bastante alabada contienda, de la cual es resultado la nombrada Química orgánica. Ya mucho antes de semejante época, habíanse separado las ciencias aplicadas de la Química pura y formaba esta objeto exclusivo de buena parte de los sabios del mundo; pero desde los grandes adelantos realizados hace cincuenta años, comenzó verdaderamente la división del trabajo, y merced á sus beneficios, el adelanto metódico y el progreso racional, tanto que si hasta este punto es factible hacer la historia de la ciencia en conjunto, desde el tiempo de Berzelius al momento actual, es necesario hacerla por fragmentos y tratados. Sepáranse hoy la Química pura y la aplicada, y en la primera se estudian monografías de cuerpos y reacciones mutuas de ellos constituyendo la parte descriptiva y métodos, procedimientos, unidades de medida, teorías y principios, forman la parte general de la ciencia.

Debo advertir como el progreso de la Química tiene singulares y notables caracteres: unos exclusivos suyos; comunes otros á todas las ciencias.

Ha de observarse primeramente la relación entre el número de hechos y las teorías y aplicaciones. Surgieron las primeras en el más elemental conocimiento del fenómeno químico: puestos en práctica, desde el principio, los métodos experimentales dieron éstos gran suma de resultados, lo cual res-

tringe, en cierta manera, las hipótesis y teorías, mientras no es llegado el momento de abandonarlas como insuficientes, pues alcanzado, renacían en mayor número, al parecer apoyadas en los fenómenos de más reciente data. Exigía la lucha de unas escuelas con otras febril actividad, y los partidarios de las diversas doctrinas no se daban punto de reposo; ejercitaban, hasta agotarlos, los métodos sabidos y abrían nuevos horizontes para la ciencia, ya con ingeniosas aplicaciones de lo conocido, ya con invenciones nuevas, á fin de aducir buena copia de datos y descubrir hechos que apoyaran, de modo decisivo, las doctrinas de su escuela. Y cual del choque de dos pederuales brotan chispas de luz, así de la controversia y de la discusión memorables de los químicos salieron admirables estudios, inventos prodigiosos, nuevas industrias y variadísimos elementos de progreso y adelanto. Después de ellas hay una época corta de relativa calma ó trabajo latente, hasta llegar á los actuales desenvolvimientos de la Química, de los cuales tanta y tan gloriosa parte corresponde á Sainte-Claire Deville.

Quizá ahora—y es cosa muy notable—volvemos sobre nuestros pasos, y mirando hacia atrás, nos encontramos más cerca de dar á los fenómenos químicos y á su causa productora, aquella interpretación del padre de la Química, del gran Lavoissier, que de atribuir á la afinidad el sentido como Berzelius la consideraba, atribuyéndole singularísimas cualidades y origen eléctrico. El actual pensamiento de la mejor parte de los químicos coloca la ciencia de las combinaciones en lugar análogo al ocupado en sus comienzos, pues la subordina á los principios y leyes de la Termodinámica, cuya moderna tendencia justificase perfectamente desde el punto de vista de las doctrinas mecánicas, y obedece á las nobilísimas aspiraciones de referir á un solo principio y ley única todos los fenómenos naturales. De otra parte, no es de larga data el estudio de las circunstancias y fenómenos que á toda combinación acompañan, ni tampoco considerar y tener en cuenta las relaciones de la Química y las otras ciencias, á fin de dirigir por nuevos y más seguros caminos las interpretaciones falsas y las dudosas. Precisamente en semejantes puntos contiénesse el progreso de la Química teórica, del cual es inmediata consecuencia el concepto dinámico de la afinidad.

No basta, con efecto, investigar, en determinado sentido, cierto género de fenómenos; es preciso, además, relacionarlos entre sí y á otros análogos ó producidos en condiciones semejantes. Al fin conócense tanto mejor los hechos cuantas más analogías entre diversos fenómenos se hayan descubierto. Comprendiendo semejante verdad, diéronse los químicos á buscar y precisar relaciones, á inquirir lazos y parentescos de los fenómenos de la combinación con los demás acaecidos en la Naturaleza, mediante su energía, y á poner en claro multitud de antecedentes, antes desapercibidos y apreciados hoy en su

justo valor. Mas solícitos los modernos de estudiar y comprender lo ya conocido y hasta el presente confusa y malamente explicado, dieron treguas á las disputas de escuela, preocupándose ménos de si las fórmulas debieran expresar, no sólo los componentes de los cuerpos, sino también la manera especial de disponerse los diversos elementos del compuesto, que de entender con exactitud las reacciones; no abandonaron enteramente el estudio de las sustancias complicadas y extrañas—asunto muy á la moda en cierto tiempo;—pero diéronle ménos importancia ó interés que al conocimiento de las reacciones del agua, al estudio de algunos ácidos comunes y al de cuerpos tan humildes y sencillos como los hidrocarburos. Juzgaron—y andan en lo cierto—que bastan los hechos conocidos y los determinados para organizar la ciencia, colocándola en vías de nuevos y fecundos progresos; que debía terminar la época de la controversia, y sobre todo que en la combinación misma y en sus fenómenos concomitantes había de investigarse la fuerza de la afinidad y medirse por algunos de ellos, mejor que tratar de encontrarla en estériles discusiones y en hipótesis desprovistas de fundamento.

Averiguar que la Química y sus fenómenos se enlazan y relacionan con otras manifestaciones de la energía natural, especialmente con las de la gravedad, tal ha sido el primer paso de la reforma. Sainte-Claire Deville fué de los mejores partidarios de ella, según veremos al examinar, por extenso, una de sus mejores y más originales obras. Era el trabajo de la combinación para el insigne químico, algo semejante al trabajo producido cuando un cuerpo cae, y decía, respecto de ello, en su memorable conferencia acerca de la afinidad: «Así como un cuerpo que se eleva adquiere el poder de caer y en la caída restituye, en una ú otra forma, la fuerza empleada en levantarlo, de igual modo, las sustancias que se combinan consumen cierta energía en cuya virtud adquieren nuevas propiedades; pero, modificadas de alguna suerte, restituyen la energía que de estas propiedades les dotara.» Infiérese de aquí, siempre teniendo en cuenta los resultados de la combinación, que no es esta sino mero cambio de estado, acaso originado mediante sencillo cambio de posiciones, según originase la propiedad de la piedra levantada del suelo en el acto de trasladarla de un lugar á otro más elevado. Y esta idea toma mayores fundamentos al estudiar las distintas acciones de unas sustancias sobre otras. Los hechos demostraron como la famosa doctrina de la yuxtaposición de los átomos es insuficiente para explicar los fenómenos químicos, los hechos también probaron que en las combinaciones los elementos se integran y no forman, dentro del conjunto, caprichosos grupos, sino un todo único, siendo desdoblarlos y separarlos funciones y nada más de los procedimientos de análisis, y al propio tiempo los hechos vinieron, además, á enseñar que los fenómenos concomitantes de la combinación, no son, á modo

de cosa postiza y secundaria, sinó muy principal y constante, debidos á manifestaciones de la propia afinidad, la cual mídese por ellos. Primero fijáronse los químicos en que el calor es el hecho más constante de las metamorfosis químicas, que unidades de calor intentaron medir y midieron la variable fuerza de la afinidad. El calor empleado en los fenómenos químicos unas veces se absorbe y otras se desprende, causando propiedades y estados en relación con las cantidades de calor absorbido ó desprendido, y así entran en los cambios de estado los hechos de la Química, definiéndose y determinándose ahora como tales; pues los producen las mismas causas y mídese por iguales procedimientos. Necesitóse para alcanzar tanto un esfuerzo supremo: de ahí que la Química de nuestro tiempo sea obra colectiva, á la cual contribuyó Sainte-Claire Deville con muchos trabajos, contándose entre ellos—y es, á la vez, teórico y práctico—la disociación.

En vista de lo exacto de las primeras deducciones y consecuencias, tratóse de establecer el concepto de afinidad conforme á ellas. Estaba reservada á la alta inteligencia de Berthelot la gloria de acertar con este concepto y poner las bases de la Mecánica Química. El ilustre profesor del Colegio de Francia, fijándose muy particularmente en las relaciones de la fuerza de las combinaciones y la gravedad, en lo complicado de las manifestaciones de la primera y en que venimos en conocimiento de ella mediante cambio de propiedades del cuerpo ó sistema de cuerpos resultante del fenómeno, relacionados con las de los elementos que reaccionan, afirmó que, al modo como la gravedad, considerada en cualquiera sustancia, es resultante de cuantas atracciones ejerce la tierra sobre cada una de sus partes, así debemos considerar y entender la afinidad resultante de todas las acciones que mantienen unidos, en un estado determinado, los elementos de las combinaciones. Esta idea es tan rigurosamente exacta, que permite aplicar á las fuerzas químicas, las leyes generales del movimiento, expresadas con análogas fórmulas que las usadas en la Mecánica al tratarse de la gravedad y de cuantos fenómenos produce.

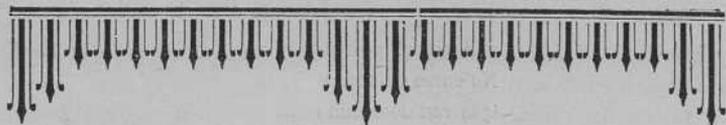
Tal es, en definitiva, la idea más general, que informa, en el momento presente, toda la Química. En este gran progreso, realizado á nuestra vista, tiene gloriosa parte Henri Sainte-Claire Deville, parte que he de examinar con detenimiento; pues retrátanse en ella el estado presente y los modernos adelantos de la ciencia de la afinidad. Los trabajos del insigne autor de la monografía del aluminio, al igual de las obras del genio, tienen carácter muy subjetivo y participan siempre del sentido teórico y de las aplicaciones prácticas, ya que en él reuníanse las condiciones de experimentador habilísimo, maestro eminente y sabio industrial, por cuyas razones ha de estudiarse á Sainte-Claire Deville en el laboratorio, en la Cátedra, en la Academia y en las fábricas de platino y aluminio. Sólo de esta suerte llega á entenderse su

verdadera importancia y el mérito de cuantos trabajos emprendió y llevó á término durante su laboriosa existencia.

Por el mismo carácter subjetivo de sus estudios y descubrimientos, acerca de cuyo punto insistiré luego, es preciso también conocer el hombre, verlo entre sus compañeros, amigos y discípulos, estudiar su vida, analizar sus costumbres y gustos, pues en semejantes cosas refléjase mucho del carácter de los trabajos y descubrimientos de los grandes hombres, y si la vida de Newton ó la de Darwin indican no poco de su mérito de sabios, la de Sainte-Claire Deville da razón de muchas de sus invenciones.

José RODRÍGUEZ MOURELO.





*
* (1)

Do aleiro nativo
Voando en demanda,
E medio entrabertas
As alas furcadas,
Os eidos amigos
Rasando con gracia,
As cordas transidas
De doces lembranzas;
Quezáis ven pensando
Nas cousas amadas,
Nas caras teitumes,
Nas boas estancias,
Nas ledas cornisas
Da nobre morada:
*Ven pensando nas suas nativas,
Garridas ventanas.*

(1) Dedicada por el autor á su ilustre amiga Emilia Pardo Bazan, con motivo del regreso á la Coruña de la insigne escritora.

Silencio!, profanos
 No curso deixádea
 Que ven do camiño
 Quezáis fatigada,
 Que ven peregrina
 De terras estrañas,
 Gentil mensageira
 De gentes lexanas;
 E trás sí deixando
 As áridas prayas
 D'adusta Biserta,
 Da fera Tabarca
 Da esquiva Bugía,
 Do rudo Guraya;
*Ven pensando nas suas nativas,
 Garridas ventanas.*

Formosa e tremante,
 Con férridas ansias,
 Non pode cas doces,
 Pungentes lembranzas;
 Abridell'os pórticos,
 As lindas persianas,
 Da sua garrida,
 Magnífica casa;
 E non'a asañédes
 Con nécias miradas
 E non lle fagádes
 Impropias demandas:
 Eu séi ó que pensa;
 Eu séi ó que cala;
*Ven pensando nas suas nativas,
 Garridas ventanas.*

E. PONDAL.





UN SAÚDO MIMOSO

~~~~~

A EMILIA PARDO BAZAN DE QUIROGA, ILUSTRÍSEMA, CLÁSICA  
E FARTUROSA ESCRITORA ESPAÑOLA, E FUNDADORA PERSI-  
DENTA D'A SOCIEDADE D'O «FOLK-LORE GALLEGO,» N'O DIA  
D'A SUA ENTRADA TRUNFANTE N'A CRUÑA.

En b-hora chegedes sin mal, Persidenta,  
Corcada c'o aprauso d'os sabios d'alén,  
;Bendit'a q'os visos d'a patre'arrequenta,  
Load'a q'asina nos farta de ben!

A nai que tén fillas de tanta vallía  
;Cóm'ha d'engoumarse? ;Cóm'ha de morrer?  
O albre d'as letras que deu tal frondia  
;Quén ha de xiálo? ;Quén-o ha de toller?...

Ben hax'a terraña que así vos recibe:  
—Pardiola q'ainda tén brios algús—  
;Ai! fólgame, fólgo, de ver cal revive,  
Froleando tua pruma tan rica de lus.

Ai s'eu dispuñera d'o vóso talento  
¡Qué triadas vos dera tan ricas de sons.....  
Qué y-ara hox'erguera de longo ardemento.....  
Un albre prantara d'eternos raigons!

Pro ¡ai! non falemos de min: paxariño  
Nadiño antr'as frondas pra n'elas cantar,  
Quizais pr'afundirme n'o amor d'o meu niño,  
Pra nunc'as aliñas n'as sérras upar.

Mais ti si que t'ergues com'o sol n'ourente,  
As nubes rachando com'águia emprial,  
Subind'a bandeira d'a luz d'o pöente  
Pra nunca perdela d'as sérras ó val.

Adiant', Emiliña, axúdat' agora  
D'o albor q'á ti baixa d'o escano de Dios,  
E non, non reeces de ser mantedora  
D'osprito céltico que férv'hox'en nós.

FRANCISCO MARÍA DE LA IGLESIA.

N'a Cruña á 5 de Junio de 1887.





## LOS ARTISTAS GALLEGOS

EN LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887.

---

En los pocos años que cuento como aficionado á los estudios críticos de arte, nunca he tenido ocasión de dedicar un instante al examen del desarrollo que las artes plásticas van adquiriendo en la región gallega. La causa de mi silencio obedeció, hasta ahora, á la insignificancia de mi valer, especialmente en este terreno, pues considero muy difícil un análisis de todo aquello que en abstracto indica una tendencia elevada, pero que en concreto apenas si se puede justipreciar el valor de lo embrionario, que tal es el estado en que considero hoy al arte pictórico regional.

Entiendo que los esfuerzos hechos en pró de la idea civilizadora y noble de crear una escuela pictórica en Galicia, al igual de la valenciana, de la sevillana ó de la madrileña, llevados á cabo por los pintores gallegos, merecen bien del país que los vió nacer y de toda persona que se precie de haber visto la luz en ese privilegiado suelo, porque tales tentativas son verdaderamente épicas, dados los obstáculos naturales con que luchan los pintores gallegos, y que revisten el carácter en esta manifestación del arte, de obstáculos tradicionales, agregando los de la imposibilidad material del estudio del arte, por la carencia de modelos, de museos y de un centro superior de enseñanza.

La pintura es arte bello, difícil de dominar, por la multiplicidad de detalles, todos interesantísimos, que concurren á realizarlo. Una de las condiciones:

*sine qua non*, que el artista debe poseer, es sin duda alguna el color; contra esa condición eminente, característica del arte de pintar, se estrellan los pintores gallegos; el color es la barrera casi insuperable, que, por lo menos hasta el presente, solo Villaamil pudo dominar entre todos nuestros artistas regionales. La actual Exposición patentiza de un modo cruel esta verdad.

Y no debieran—según entiendo—olvidar el dibujo, mis compañeros de arte y paisanos, por empeñarse demasiado en conquistar la palma de coloristas, cosa que, después de todo, puede hacerse menos de notar, si el cuadro reúne las condiciones de composición, de concepto y de dibujo. Digo esto, porque observo que los trabajos de los pintores gallegos adolecen, algunos de ellos, de descuidos en el conocimiento y comprensión del asunto, y de faltas graves en la traza; pero me apresuro á hacer constar que casi todos en sus obras revelan un esfuerzo grande y un estudio asiduo.

El pintor gallego que mejor se presenta en el actual certamen, es sin duda Silvio Fernández. Titula su cuadro, *A las fieras*, y mide 15 metros cuadrados. Encuentro este cuadro perfectamente equilibrado de dibujo y de color; y aun cuando la composición no concluya de resultar, por lo poco que se completan grupos y figuras, efecto de la disposición no muy acertada del conjunto, sin embargo, tiene en general sentimiento y empaque, atrayendo, desde el primer instante, las miradas de los visitantes.

El asunto es sencillo y conmovedor, la secta del Nazareno dando víctimas á las fieras del Circo, entretenimiento al sanguinario pueblo romano y mártires al Cristianismo. Varios ancianos, vírgenes y jóvenes de voluntad firme y corazón consagrado á propagar las doctrinas del mártir del monte de las calaveras, marchan al suplicio; sentados en el suelo de la oscura mazmorra, otros compañeros les dirigen melancólica mirada de despedida, ¡quizás les envidian la primacía en el martirio! un día más en el reino del Padre.

Yo hubiera querido que inspiración distinta guiara al artista en la ejecución de esta obra. No morían, no iban á las fieras los mártires del Cristianismo, en aquellos días de Nerón y Diocleciano, con la cabeza inclinada al suelo y la triste resignación del condenado á muerte; por el contrario, como Polutto, marchaban al suplicio con el rostro radiante, serena la mirada y cantando al unísono ¡Creo en Dios! grito sublime que resonaba en los ámbitos del Circo, dominando el rugido de las fieras y las maldiciones del pueblo romano!

Falta nervio al cuadro de mi querido amigo y paisano; y más que ésto, fáltale compenetración del asunto, de suyo trillado y hecho. No estamos hoy perfectamente dentro de la idea que inspiró el cuadro. Pudo algún día leerse el hermoso libro de Lamartine, y encontrar sus *Mártires* acogida inmensa

en aquella época; pero, he aprendido que, á haberlo dado á la estampa el gran escritor francés, en las postrimerías del siglo XIX, con todas sus bellezas, hubiera sido relegado al sitio más elegante de las Bibliotecas, para una vez cada año recrearse el erudito ó el artista en la frase, y admirar la imaginación de su autor; pero no para arrancar una exclamación de entusiasmo.

En «La defensa de Lugo», don Modesto Brocos no cumplé la promesa que nos había hecho de una obra de verdadero mérito. Sucede muchas veces que el pintor concibe la idea del cuadro, pero no logra darle forma en el lienzo, y esto le acontece al señor Brocos. Además, en la parte aquella que á la historia se refiere, no es exacto en su producción el pensionado en Roma por esa capital. Las murallas de Lugo fueron siempre de granito, por lo menos desde algunos siglos antes de que hubiese tenido lugar el acto acometido por el héroe que llevó, en adelante, *un año e un bolo*, como timbre de gloria, en sus blasones; y para que se convenza de lo que digo, ruego al distinguido artista que aquí estudió, se tome el trabajo de leer el *Cisne de Occidente* y la historia de la *Metropolitana Bracarense*, y allí encontrará descripción detallada de Lugo. Por otro lado, y en lo que se contrae á la verdad legendaria, tampoco es exacto que los defensores de la ciudad del Sacramento arrojasen *cestos de panes* al enemigo; fué sólo un *bolo* y un cordero.

Tanto como la perspectiva me agrada, tanto me desagrada el dibujo de los dos principales personajes que figuran en primer término. La figura del que arroja el cordero es muy defectuosa, sobre todo, en el escorzo de la pierna que apoya en la muralla, apareciendo muy corta y dislocada: los brazos son muy mezuquinos y también uno más corto que el otro.

Dispéñeme el señor Brocos si apunto estos lunares de su último cuadro; pero entiendo que, teniendo alientos para hacer mucho más, debe estudiar con gran detenimiento todo cuanto crea indispensable para la realización de la idea que conciba. En este cuadro el señor Brocos descuidó de un modo lamentable el dibujo, la verdad histórica, y apenas si en el color merece la aprobación de los inteligentes. Y le digo con ruda franqueza mi opinión, no por lo que en sí valga, sino porque sospecho con fundamento que no ha de ser mía solamente, sino también del jurado; mi deseo hubiera tenido feliz satisfacción, si el pensionado coruñés, en quien todos esperaban y esperan ver á un artista de talla, alcanzase el honor de una medalla de segunda clase. Y no se fie de los *bombos* con que el buen deseo suele alagarle; en esta ocasión menos que en ninguna, tienen razón de ser.

Manuel Angel ha tenido un momento de desgracia; y aun á pesar de su desacierto, espero verle pronto en el puesto conquistado de antiguo. Si hay algún artista que no haya tenido una *caída*, que levante el dedo.

Román Navarro debiera circunscribirse á sus apuntes, algunos graciosa-mente tomados del natural,—sobre todo á la aguada—y olvidar los cuadros grandes, siquiera sean las figuras de medio tamaño.

Nada diré de lo que su cuadro representa. De un naturalismo repugnante y grosero, logra su autor en este lienzo, que el público aparte con asco la vista de él; pero lo que no puedo por menos de recomendarle, es, que siendo imposible que llegue á dominar el dibujo en figuras de alguna importancia, pues en esa provincia se carece en absoluto de modelos de desnudo, deseche para siempre la idea del cuadro serio, y estudie con amor el género pequeño, que es en el que demuestra mejor sus aptitudes para el arte de la pintura.

Don Isidoro Brocos ha remitido un juguete escultórico que merece un aplauso. Representa á un viejo aldeano gallego en actitud de escuchar el sonido de una *ola* que golpea con la mano. Nada más típico ni más original que esta estatuita. ¡Lástima grande que las manos no estén todo lo dibujadas que debieran! El señor Brocos debe, á mi entender, limitarse á este género y á este tamaño, porque le creo muy superior en él, y muy inferior en la escultura de pretensiones; siente más lo cómico que lo trágico; y, después de todo, son más agradables sus grupos de labriegos, que sus Heros, y no entiendo la razón del por qué quiera hacernos llorar, sabiendo mejor hacernos reir.

Sanmartín presenta el Apostolado, y una estatua colosal de Cervantes.

Todos los lectores de esta Revista conocen la «Mesa de los Apóstoles» como se llama vulgarmente al *Apostolado en la cena*; así, pues, me limitaré únicamente á decir cuatro palabras de la estatua del inmortal autor del *Quijote*.

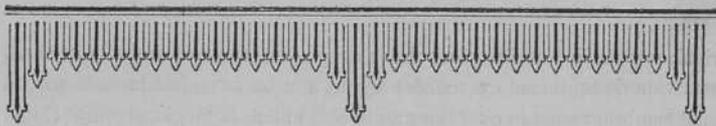
Representa á Cervantes el escultor gallego, en la prisión, sentado en el suelo y medio recostado sobre un taburete, en el cual apoya el brazo izquierdo, cuya mano mutilada se pierde entre los rizos del cabello. En la mano derecha tiene una pluma, y la cabeza, en actitud pensativa, parece como agobiada por amargo pensamiento, que cubre su rostro de tristeza, haciéndole clavar aquellas pupilas sin luz, en el suelo del calabozo.

Paréceme, al fijar la mirada en el rostro de la estatua, oírle murmurar: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...» ¡Tal es la fuerza de expresión moral que anima las facciones de la estatua del egregio escritor.

Únicamente encuentro en esta obra escultórica un defecto de cierta importancia: la colocación de las piernas demasiado paralelas, y acaso poco robustas; por lo demás, la estatua es muy sentida y la cabeza está encontrada.

(Continuará.)

R. BALSA.



SR. D. AUGUSTO G. BESADA.

Tratando de restablecer la salud, que desde hace algún tiempo traigo algo quebrantada, y de devolver al ánimo la calma y el reposo que de él huyeron el día aquel, por ahora aún muy cercano, de aciaga é impercedera recordación, en que el hermano queridísimo, segado en la flor de la vida por rápida enfermedad, dejó de existir, abandoné poco há los nebulosos y tristes horizontes de Compostela la artística, y en busca de clima más suave y reparador, víneme á esta alegre villa que indolentemente recostada en la falda de la elevada Curota, muéstrase risueña á orillas de la más grande y hermosa de las rías españolas.

Ansioso de tranquilidad, sin más aspiraciones que recorrer, admirado, cuando el aura de la mañana las orea, estas poéticas campiñas, y de respirar á la par su oxigenado ambiente saturado de los riquísimos aromas que exhalan las flores que muchas y á porfía abren á la primavera sus pétalos multicolados; sin otra distracción que la de cruzar en todas direcciones y sin rumbo fijo á bordo de la peculiarísima, diminuta *dorna*, las aguas casi siempre azules y tranquilas de la ría de Arosa, y luego cuando la tarde cae y el sol se retira tras los picachos del Barbanza, y la brisa amaina, dejando de henchir la blanca vela que, lacia y arrugada, cae á lo largo del débil palo, de pie en la popa de la pequeña nave, que blanda y voluptuosamente se mece sobre las transparentes ondas que mueve solo el flujo, extasiarme ante la contemplación de los múltiples derroches de belleza que con mano pródiga la naturaleza esparció sobre estos lugares que forman marco caprichoso, jaspeado de varios matices y salpicado de lindos pueblecillos, á la ría sin

rival; y teniendo, en fin, como única ocupación, como exclusivo quehacer, esta vida de continuado y soñador regalo, aunque á menudo turbada por tal cual sombrío recuerdo que, tan pronto como hiere la mente, procura el alma sacudirlo, olvidéme, Augusto amigo, de la promesa que por iniciativa propia te hiciera de dar á la publicidad la impresión en mi causada por la lectura del primer volumen de tu *Historia crítica de la literatura gallega*, que, con primores editoriales hasta ahora desconocidos en Galicia, acaba de publicar, para bien de las letras y honra de sus editores, señores Latorre y Martínez, la BIBLIOTECA GALLEGA.

Los lazos de inquebrantable amistad que estrechamente nos han unido desde el día primero que juntos penetramos en las téticas aulas del templo compostelano de Minerva; la identidad de opiniones y juicios que sobre asuntos científicos y literarios, ignoro si debido á aquélla, formamos en más de una ocasión á pesar del marcadísimo antagonismo de nuestros caracteres; la parte no pequeña que, sirviendo de acicate á tu pereza y alentando de continuo con la esperanza del triunfo tu ingenio, tuve en que te decidieses á escribir el que á su debido tiempo fué, como ya había yo previsto, laureado *Cuadro de la Literatura Gallega en los siglos XIII y XIV*, base y fundamento no cabe negarlo de la *Historia crítica* que ahora das á la estampa; y por último, y sobre todo, el haber sido yo el primero que conoció ésta, pues casi diariamente me leías las cuartillas, que con una facilidad prodigiosa y corrección tanta que apenas necesitaban nunca lima, escribías todas las mañanas, eran causas más que poderosas para que fuera mi torpe y mal tajada pluma la primera que se ocupase en este último parto de tu ingenio. Mas, por desgracia, salía á la luz pública tu obra en momentos para mi de crítica amargura. He aquí el por qué de mi silencio. Nada, sin embargo, justo es confesarlo, habeis con él perdido, ni tu, ni la literatura bibliográfica; que al fin, como cosa mía, mi juicio, siquiera sea el más sincero é imparcial, será sin duda alguna el más desautorizado de cuantos publiquen las prensas regionales. Y dicho lo que dicho queda, no sólo por decir algo, sino también con el objeto de sincerar mi conducta, entremos en materia que, por Dios, va ya siendo tiempo de ello.

De igual manera que los siglos xv y xvi lo fueron para las letras clásicas, es el siglo xix de renacimiento, y preclarísimo, para la literatura gallega. Habían desaparecido ya, dejando tras sí en el mar inmenso de los tiempos, larga é inacabable estela de encarnizadas guerras y lamentables desmembraciones territoriales de la que fuera antes poderosísima monarquía española, los dos últimos pasados centenares de años: mudas y olvidadas se hallaban pendientes de las añosas encinas de nuestras umbrosas frondas las bien templadas y armoniosas lirras de aquellos romancescos, inspirados trovado-

res, que tantos días de gloria dieran á la vetusta Suevia: la lengua dulce y agradable, como la llamó el inmortal manco de Lepanto (1), madre que fué de la portuguesa, y aún pudiera decirse de la española, dejara de ser el idioma de los hijos predilectos de las musas, para venir á convertirse, degenerada y corrompida, en el habla del vulgo. Todo hacía suponer que tiempos como los pasados no volverían á amanecer para esta tan bella cuanto desgraciada región, y que su tierna y graciosa poesía había muerto para no vivir más, cuando apenas finalizado el promedio de la presente centuria, iniciase un movimiento literario de trascendencia importantísima. Imitando el que con sorprendentes resultados se estaba llevando á cabo en la Provenza por los *Felibres*, y en Cataluña y Valencia por sus egregios poetas, vuelven los de Galicia sus miradas al pasado, tratando de resucitar, como en efecto resucitan, la poesía de su país que, como acabo de consignar, hacía ya siglos no diera muestras de vitalidad.

Añón, el más antiguo de los iniciadores, de festiva y retozona musa: Rosalía Castro, la cantora inmortal de nuestras selvas, la que dió vida y animación y sin igual realce á poéticas y populares costumbres, á tradicionales consejas y leyendas; la que impregnada de tristeza ingénita expresó de melancólica é inimitable manera las angustias y sufrimientos, los dolores y penas de la clase campesina: Barcia Caballero, el escritor pulido y elegante que con la misma envidiable facilidad maneja á maravilla el habla cervantesca, como produce, entre otras muchas afiligranadas y bellísimas poesías que esmaltan el libro inédito *Rimas*, libro primoroso que he tenido la honra de oír leer á su autor, *O arco d'a bella* y *A Seran*, joyas imperecederas de nuestra literatura: Curros Enríquez, el notable colorista, poeta descriptivo como pocos, autor de *Aires d'a miña terra*: Pondal, el poseedor de aquel estro poético robusto y severo que enriqueció el parnaso galaico con *La campana de Anllons* y *Queixumes dos pinos*: Benito Losada, el epigramático autor de *Soaxes d'un vello*: Alberto Camino, el autor dulcísimo: Pintos, el famoso poeta bucólico: Isidoro Casulleras, Alfredo Brañas, José Benito Amado, Perez Ballesteros, al que debemos un muy interesante cancionero, y tantos otros más, y con ellos, y siguiéndole brillante y numerosa pléyade de entusiastas jóvenes, animados todos de ardiente fe, seguros de la virtualidad de su empresa, y movidos sobre todo por el amor que el país natal infundía en sus nobles corazones, acometieron y llevaron á su debido término el renacimiento de la literatura gallega. Quizás el éxito que coronó sus esfuerzos fuese mayor y más inmediato de lo que ellos se figuraron. Quizás no comprendieron, al emprender tan levantada y patriótica tarea, que con su reali-

---

(1) *Persiles y Segismunda*, libro tercero, capítulo xii.

zación, la poesía de la región querida estaba de lleno en su edad de oro. Comprendieranlo ó no lo hubieran echado de ver, es indiferente. El hecho es cierto. La posteridad, si es justa, tendrá así que señalar con piedra blanca sus nombres en los gloriosos anales de la patria.

Tal es, á grandes rasgos, el boceto del movimiento literario, á cuyo desenvolvimiento estamos asistiendo. Debido á él, y como resultado suyo, fresca y graciosa como antes y como nunca picaresca, reapareció nuestra poesía. El polvo que depositado por las tres generaciones de olvido, la envolvía por completo, desapareció al recibir las puras y vivificantes auras de la inspiración: la espontaneidad, la sencillez y la ternura prestáronse gustosas á formar sus mejores y elegantes atavíos: adornóla el génio con su más valiosa pedrería: y la gracia y la travesura, no queriendo aparecer rezagadas en esta puja de mercedes, vinieron á esmaltar con sus alegres y brillantes tonos las joyas con que aquel la enriqueciera

La regeneradora y trascendentalísima obra de los vates contemporáneos, ha quedado completa, ha poco más de tres meses, con la realización del ideal que desde muy antiguo preocupaba á los amantes de las letras, sin que por eso ninguno se hubiese atrevido á traducirlo en hecho práctico. ¡Que siempre ante las empresas grandes y levantadas suelen la mayor parte de las gentes, aún aquellas que se hallan dotadas de las necesarias aptitudes, sentirse débiles y pequeñas!

Y no es extraño. Si ánimo entero y corazón valiente necesita el arrojado marino que desconociendo en sus detalles el mar, cuyas arboladas y espumosas olas corta ligera la nave que dirige, y dando al viento el trapo entero del aparejo, éntrase atrevido en inexplorado golfo, sin temor á los traidores bancos de arena, evitando con prodigiosa maestría las peñas de sus bajos, y zafándose, en fin, de toda suerte de peligros, para luego de recorridas las desconocidas costas, volverse veloz y más que nunca satisfecho al puerto de donde había partido; no de otra suerte ni de menor desnudo necesita el escritor que acomete la magna empresa de dotar á su país del glorioso monumento de la hasta entonces ignorada historia de su literatura.

Plena conciencia de la importancia de la obra que realiza: una fuerza de voluntad tan grande como el inextinguible amor que inspira la tierra que nos vió nacer, para no desmayar á los primeros desabridos combates, para recoger las mil confusas noticias que exparcidas y diseminadas contienen los viejos, empolvados pergaminos, las mugrientas apolilladas crónicas, y los monacales cricones escritos en latín semi-bárbaro: inteligencia clarísima para penetrar en los limbos del pasado, para iluminar con la luz potente de la crítica las tenebrosas sombras que envuelven aquellos primeros indecisos momentos en que un pueblo, rompiendo con denigrantes extranjerías influen-

eías, muestra por medio del elocuente testimonio del idioma, poco á poco en el lento caminar de los tiempos formado, que sacudió el pesado yugo de la esclavitud, que vive ya vida de libertad: erudición vastísima para que nada pueda pasarle inadvertido, para que nadie pueda tildarle de haber cometido la torpeza ó la intencionada falta de omitir éste ó el otro nombre, aquella ó estotra noticia, para distinguir el hecho ó la noción histórica de la apócrifa: paciencia no escasa para leer lo no muy numeroso, pero confuso y antagónico que acerca de estos achaques de Literatura Galáica escribieron contados bibliófilos, para deducir de tan encontradas opiniones la opinión verdadera: rectitud é imparcialidad en los juicios: método y claridad en la exposición de las materias, y además, y como una de las más preciadas, estilo fácil y correcto realzando en más de una ocasión en que se dan vuelos á la fantasía, y el escritor deja correr, suelta la rienda, la inspiración, por periodos elocuentes y galanísimos; tales son las cualidades que deben adornar á quien intente escribir la Historia Crítica de nuestra Literatura ó de otra cualquiera Literatura regional: y tales son también las que resaltan y avaloran la que debida á tu pluma, querido Augusto, y llevando tu nombre en la elegante portada á dos tintas de su primer volumen pocos meses ha publicado, y al que hora es ya de dedicar dos palabras, anda por esos mundos literarios, señora de la opinión, pregonando las glorias de Galicia y labrándote á tí unánime y merecida fama de buen historiador.

Rosalía Castro y Juan Bárcia Caballero: he aquí los dos nombres de simpático recuerdo, que en gruesos caracteres se destacan en la primera página del libro, encabezando inspirada y bellísima dedicatoria. Bonísimo y merecedor de entusiastas alabanzas debe ser este acuerdo tuyo. Ni poetas de más esclarecido renombre pudieras haber encontrado en el Parnaso Galáico, dignos de figurar al comienzo de una obra literaria, comunicándole el prestigio de su gloria, ni de manera más sentida pudiera hacerse un ofrecimiento de esa índole.

Tras breve y bien cortado prólogo, y sirviendo de *Introducción*, viene en seguida un acabado estudio del idioma gallego. El renacimiento de nuestra poesía llevó consigo aparejada, y como necesaria escuela, el del habla de que tenía que servirse: y á los loabilísimos esfuerzos de nuestros poetas corresponden también los que, en el desabrido terreno filológico, efectuaron Marcial Valladares, Francisco J. Rodríguez y Juan Cuveiro, publicando curiosos diccionarios: Saco y Arce, Francisco Meirás y el ya citado Cuveiro, dando á la estampa las tres únicas gramáticas que poseemos, y el ilustre historiador Murguía, verificando importantes investigaciones de que son testimonio algunas de sus obras. El nombre de tales escritores unido debe ir al de los bardos: y con ellos, y figurando entre los primeros, el tuyo merece

escribirse. Honor que reclama la justicia para quien supo tratar de manera tan completa las siguientes materias: *Origen del idioma gallego, su historia, su construcción.—Relación entre el gallego, el bable y el castellano.—Intima relación con el portugués.—El lenguaje gallego no es un dialecto.* Basta la sola enunciación de los títulos para que se comprenda la importancia de tu trabajo. Que nuestra lengua la formó el celta, la enriqueció el latín y la hermoseó el griego: que es «un lenguaje especial, en cuya formación entraron distintos elementos, que, al ser admitidos, se modificaron como lo pedía la unidad de la lengua:» que los romances asturiano y gallego son más antiguos que el castellano, quizá su fundamento, y que cuando menos influyeron en la formación de él: que la lengua gallega es madre de la portuguesa: y que el habla de Galicia es un idioma y no un dialecto: he aquí las conclusiones que se sacan de los seis interesantísimos capítulos que componen la *Introducción*.

Con el epigrafe de *Capítulo Preliminar*, viene luego uno curiosísimo, á mi entender el más saliente de todo el volumen. Dar una idea general de la Literatura Gallega, es su objeto. Y al conseguirlo aparece en todo su vigor tu estilo regocijado y galano, sobre todo cuando con mano hábil y paleta rica de colores trazas el boceto—acabadísimo cuadro será mejor llamarlo—de nuestra literatura. La entusiasta defensa de esta olvidada región que en él haces, quizá en algunos párrafos con demasiado fuego; y el estilo ligero que resalta en todo el capítulo y que es reflejo fiel de la risueña fantasía poblada de ilusiones y esperanzas y de las mil hermosas naderías, patrimonio de quien no cuenta más que 22 años de edad, serán los únicos puntos donde para sus críticas podrán hacer hincapié los Aristarcos. Pero tengan en cuenta quienes así opinen, caso de que haya álguien que á tarea tan ingrata se dedique, que si el amor á la patria es siempre uno de los grandes amores, el que los gallegos de verdad profesan al país que los vió nacer es ya tradicional y superior al que las demás gentes sienten por el suyo. Que no puede menos de enconderse y alimentarse en el injustificado desdén, y aún pudiera añadir ridículo desprecio con que esta incomparable tierra es mirada por los que á sus magnificencias son ajenos. Y paren la atención al propio tiempo, en que lejos de constituir un defecto el desenfadado estilo con que ese capítulo está escrito, forma, por el contrario, su principal encanto, pues prepara agradablemente el ánimo del lector para que, recorridas las arideces filológicas pueda penetrar, despejada la mente, en los no muy amenos campos de la historia. Que no hay caminante alguno que al recorrer el árido desierto, no sienta verdadero gozo al detener su paso en florido oasis, descansando allí de las molestias de la jornada y adquiriendo nuevas fuerzas para continuar su interrumpido viaje.

Y hémos ya en la Historia. La de los primeros cantos, aquellos que velan oscuras sombras, y acerca de cuya existencia discuten los eruditos, es la que ocupa los tres últimos capítulos del volumen. En él, por consiguiente, no queda historiada toda la Edad antigua, pues según la división por tí adoptada, ésta abarca todo el siglo XII, y el volumen I no alcanza sino á los primeros albores de tan, por cierto, fecundo siglo. El Poema á la pérdida de España: el Canto de Gonzalo Horminguez; y la refutación de la autenticidad de algunos monumentos literarios á que algunos escritores dan errónea antigüedad, son el contenido de dichos capítulos, con fácil estilo escritos, rellenos de erudición y esmaltados de propias, razonables y bien probadas opiniones. Bastan ellos solos para formar tu reputación como historiador. Y cuenta que, como en diferentes ocasiones hemos convenido, no es el volumen I el mejor hecho, ni el más notable de los siete ú ocho que, *Deo volente*, y dándote Él tiempo y vagar necesarios, formarán la Historia Crítica de la Literatura gallega.

Y aquí hago punto, siquiera sea por ahora: y vive Dios que la conveniencia propia dictaba haberlo puesto antes. Hablando de tu obra, para mí de agradabilísima lectura, y de indisputable mérito, y ocupándome al propio tiempo de tí, insensiblemente la pluma corrió sobre el papel, y una tras otra han quedado emborronadas las cuartillas que componen esta larga y desaliñada epístola. Si con ella consigo despertar en álguien que no lo conozca, deseos de leer tu libro, y al paso testimoniarte públicamente lo intenso y sincero de mi cariño, holgárase de haber escrito estos renglones el que se precia de ser el mejor de tus amigos.

Puebla del Dean 15 Mayo de 1887.

ANTONIO DÍAZ DE RÁBAGO Y AGUIAR.







## A MISIÓN DOS BARDOS

---

### I

Non diréy á á pátria miña,  
Que as penas doida chora  
Tristemente,  
Como ferida anduriña,  
Que non sal do niño fora:  
«Cala e sente.»

Non lle diréy: «óutros dias  
Agarda, no teu deserto  
Lar, mellores,  
Que inda terás alegrías  
E fuxirán, sey de certo,  
Téus doóres.»

Non lle diréy: «mira adiante,  
Pensa en Dios, e ten fianza  
No destiño.»  
Diréille: que se levante;  
Que á fin andando se alcanza  
Do camiño.

Tendo ley, e forte o peito,  
 Dios de par, e espada preto,  
 Ben probada,  
 ¿Por qué poñer seu dereito  
 Do tempo incerto sujeto?  
 ¡Desdichada!

Quen quéira vivir honrado  
 Non das injustas feridas  
 Se lamente.  
 Será sempre asoballado  
 Quen se doy das recibidas  
 E as consente.

## II

Cómpren bágoas e queixume  
 De neno, ou virxen doída  
 Á os corazóns,  
 C'os tirans á sangre e lume  
 Loitár mentres ferve a vida;  
 eso á os varóns.

Gallegos d'onte, odiseás  
 De tempos, que hoxe quixeres,  
 Pátria, ¿Onde van?  
 Teus fillos, non á as framéas,  
 Hoxe á os ollos, cal mulleres,  
 Lévan a man.

Herguérvos, homes do liño,  
 ¡Vergonza! que ó menos sente.  
 que hé pouco tér.  
 Para defendé-l-o niño  
 Inda o carrizo hé valente,  
 Sabe morré.

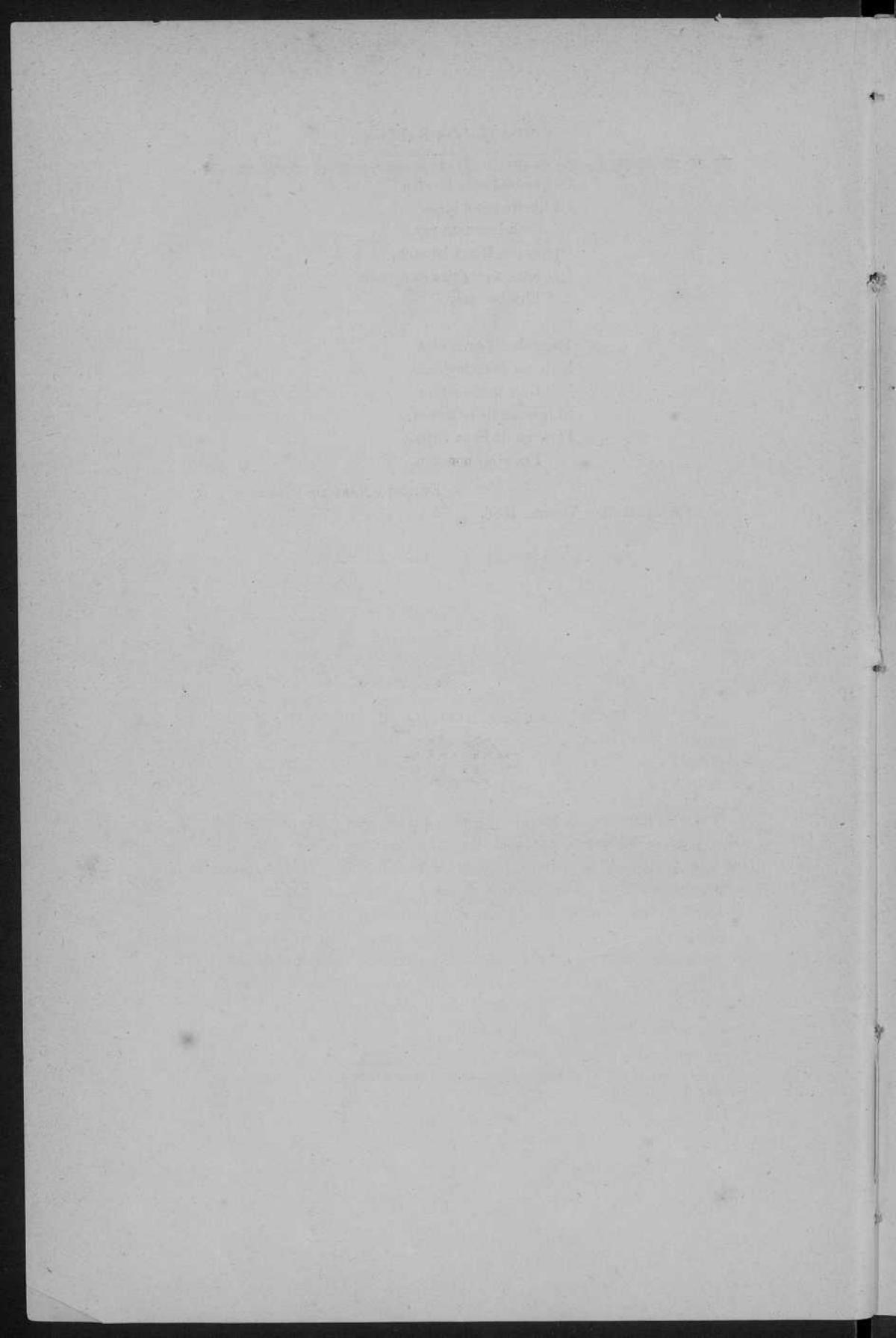
Os que na frente levaron  
Da libertá santo lume,  
Cada home un rey,  
Os que con Roma loitaron.  
Que hoxe a preguiza os consume  
Lles berraréy.

Pinga de fél carraxosa  
Na lóusa da esclavitude  
Guindando estóu;  
Si non acudis co'a vosa  
Forte eu da fé na virtude  
Pra atrás non vou.

EVARISTO MARTELO PAUMÁN.

Castillo de San Vicente, 1886.







## LA AVANZADA DEL PINAR

TRADICIÓN GALLEGA (1)

Formando término á la dilatada carretera que se desarrolla como sedosa cinta, y á mano izquierda sobre pelada roca, se descubre el castillo feudal, pavoroso y negro como vestiglo que nos habla de tiempos ominosos; como nota trasplantada de un pentágono de sangre y vergüenza; como retrato viviente de la sabiduría de un linaje; como encarnación fatídica de un yugo que ha pasado; como puño convulso que aún se crispa, más no hiero. Nos presenta á la mirada sus aristas mal seguras; sus muros semi-derrumbados, en cuyas grietas crece el musgo; su almenaje carcomido, como dentadura que sucumbe; y sus saeteras, desportilladas y ciegas por la hiedra, tras las cuales, al balletero, sustituyó el lagarto.

(1) Dedicada por el autor á su respetable amigo el notable literato señor Saralegui y Medina.

Coronan el edificio destejadas y ruinosas torres que vierten ladrillo á ladrillo, sobre el pavimento, su vetusto macizaje y dejan al aire, escuetas, las armazones de sus cimbras. Caen los ladrillos, como lágrimas viejas de una edad borrada; y de rebote en rebote, á lo largo de los muros, aquellos augustos componentes de un signo de fuerza, van á aumentar los escombros en que tanta grandeza se convierte.

El castillón formidable se hiergue roto, pero altivo. El fantasma de clámi-de negra que alzó el despotismo, aun insulta con su dedo al pobre caserío que se extiende á sus piés. Aun la fantasía escucha, en torno, en la callada noche, el estridente ruido de la cadena, el timbre de la trompa, el grito del sayón, el lamento del siervo, los impacientes gruñidos de la trahilla.... Aun el viajero que se acerca, tímido é irresoluto, á los dominios del coloso, vé en aquella silueta misteriosa que la luna agranda con su fulgor algo sobrehumano que le inspira miedo. Siente notas extrañas en los guturales chillidos del ave nocturna, y quejas y lamentos, que no son otra cosa que los rumores del ramaje del pinar. Un solo rayo de la luz del sol destruye el encanto; el día aleja la visión pavorosa, y lo que en lo oscuro fué sangriento torreón amenazante, es, ante el astro rey, un juguete que inspira risa.

Así, el progreso del mundo borró con desprecio esas guaridas del feudalismo, y hoy, entre las esplendideces de su arquitectura, solo crece el moho que afloja paso á paso las uniones de las piedras.

\* \* \*

Hace ya de ello mucho tiempo.

Corren los turbulentos siglos de la Edad media, y lo que hoy es morada del lobo, era entonces espléndida mansión. El castillo que hoy amedrenta al transeunte, era emporio de poder, signo de vigor, talisman de una familia, cuna de un apellido, matriz de una raza... De sus enhiestos torreones brota el relámpago de la ira, de sus almenas pende el cordel de la servidumbre, de sus rastrillos se escapa el miedo...

Algo nuevo sucede en el antro. Los amplios salones arden en luz, que se escapa por las caladas vidrieras de los ajimeces, y lucha al salir, con las primeras tintas del alba que penetran hacia dentro. En la plaza de armas de la fortaleza, golpe de guerreros viste sus arneses de batalla. Las cotas despiden de sus bruñidos, débiles resplandores. Los penachos del pesado yelmo y las superficies del casco caen en aceite, se matizan de menudas gotas que llevó allí la helada del amanecer.

Cruje el roble de la lanza en la callosa mano del guerrero que la blande en prueba, y en el arenisco suelo se ven huellas frescas del casco del potro que piafa.

La falanje va á salir y solo espera á su señor,

\*  
\*\*

¡Qué hermosa está la castellana con sus ojos negros que lloran!... ¡Cuán bello el grupo que forman aquellos brazos, flojos por el insomnio, entrelazados al noble y robusto cuello de su señor y marido que se dispone á partir!

Bebe él, en las pestañas de su amada, la lágrima caliente, y aprieta ella, contra su cuerpo de niña, aquel otro cuerpo varonil, cubierto de herrajes, que le da frío. La armadura y la seda se confunden en un abrazo de amor, y el seno de acero recibe las palpitations que emanan del seno de carne á él unido. Los esposos se dicen sus últimos adioses, y terminan con besos de fuego la melancólica balada, cuyas notas aun gimen tras los purpúreos cortinajes del cercano camarín... ¡Qué noche!... ¡Noche maldita que traerá al funesto día que se lleve á su esposo!... ¿Le volverá á ver?... ¿Volverá á hundir sus dedos, crispados de pasión, entre la crencha rubia de su adorado? ¿Volverá á galopar por aquellos caminos, al lado de su Alfonso, fustigando con su látigo los rostros de los pecheros, agradecidos al señorial halago?...

—¡Alfonso, Alfonso mío, malditos sean tus pendones que te arrancan de tu nido y le deshacen!... ¿Qué entiende de guerras el cariño?... ¿Qué sabe de glorias el corazón de una mujer enamorada?... Para mi, mi gloria eres tu y aquel angel del cielo..... ¡Mírale, bésale, Alfonso de mi alma!...!

Y la afligida mujer señalaba un grupo tierno, formado por una nodriza y un niño mamando en un rincón oscuro del salón. Aproximóse el caballero al grupo, inclinó su rostro y besó con ternura de padre una cabeza de color de oro que destacaba en la penumbra, sobre el seno niveo de una mujer que también sollozaba. El niño, indiferente á todo, siguió tragando oleadas de vida, y pagó con un gruñido quejumbroso el momento de molestia.

Calzó sus guanteletes de malla el caballero; ciñó, ayudado por su esposa, los talabartes del espadón; encasquetóse el pesado yelmo, ornado de condal corona, y por el hueco de la visera, aún no calada, envió el último suspiro á la compañera de su vida y madre de su primogénito dormido.

Aquello era ya una estatua de metal llorando por dentro.

\*  
\*\*

También la pobre nodriza plebeya, la triste Múnia, se queda sólo. También en aquel pecho villano deja un hueco el amor. Alvár se vá con el Conde; el escudero fiel sigue como un perro á su amo.

Enlazada Múnia con el servidor leal, ha muy breve tiempo, ya inunda de nuevo sus párpados el llanto, cuando aun no terminó de llorar la rota ilusión de un primer hijo, esperado con dicha y nacido muerto. El seno de la madre, defraudada en sus ensueños, ni aun se acercó á los débiles labios de su criatura, trasportada del vientre á la fosa. El jugo lacteo de la robusta criadora fué para el enjendro de sus señores. La crisálida feudal comenzaba desde la cuna á utilizar á sus vasallos, chupando la leche de sus mujeres en espera de pedirles á ellos su sangre.

El niño engordaba colgado del fecundo pezón, y en sus precoces llamara-das de cólera, mordía la sonrosada mucosa que le daba vida. Con sus puñitos de seda, abofeteaba á la aldeana, y ésta, como única venganza, le cambia-ba de pecho.

¡Pobre Múnia!... También ella tiene sentimientos; también su corazón acre-cienta su ritmo al tener la mano de su marido, próximo á partir, entre las suyas. También ella, la mísera, la esclava, llora. También hay ternezas en el alma de los siervos. También el rudo amor tiene sus poesías...

Alvár, la mira embelesado, ahoga sus suspiros, y con el dorso de la mano, oculta como un crimen una lágrima presa en sus pestañas. ¡Es una ver-güenza para un hombre de armas el llorar!... Múnia le cerea con sus brazos por la cintura, le atrae á sí, y como no llega con su rostro al rostro del gigante, se encarama en las puntas de los pies y le besa en el bronceado pescuezo. El buen hombre la coge entonces con un nervioso ademán; la eleva hasta el nivel de su boca, cual si fuese una pluma, y la acaricia con ternu-ra, depositando múltiples y locos besos en el hoyuelo de su barba. Al vol-verla al suelo, siente el son de la trompa que le congrega; crispa el puño, amenazando algo invisible, y huye...

Por los ferrados tablonos del puente levadizo, se oye fragor de armas y pisadas de coreeles.

Suenan los pífanos y ensordece el ruido del atambor.

Es la mesnada que se vá.

\* \*

Pasó un año desde aquel triste día de la ausencia, y doña Aldonza, la aris-tocrática dama, y Múnia, la nodriza, se comunican sus esperanzas y sus temores.

El niño crece, y por bajo la fina piel de sus mejillas, circula una sangre roja y ardiente que manifiesta su salud y promete vigor. Ama mucho á su pobre aya, que le enseña la dulce lengua de los campos en sus primeros balbuceos; comparte con él su tazón de leche donde migó la borona, y corretea á su lado por entre los trigos.

Allá lejos, á la cañada, por donde el azulado río pasa lamiendo guijas y conduciendo ramas, acuden Múnia y el niño, con frecuencia, á lavarse los piés. Chapuza la criatura, pateando en las ondas pacíficas del agua, y encuentra luego un gran placer en andar descalzo. Múnia le deja hacer porque le quiere robusto, y cuando el niño después de larga permanencia caprichosa dentro del río, sale con sus piés cárdenos y entumecidos, ella se los seca, cogiéndolos entre sus manos, y lanzando luego sobre ellos el baho de su boca que les comunica grato calor.

Pero había de llegar un día infausto. Aquellas mismas ondas, rizadas del idilio, se convertirán en lápida de duelo. El padre ausente no tornará á ver su vástago. Los juegos de la linda criatura no han de ser delicia para el guerrero ausente.....

Ciérnese el primer soplo de la noche sobre la comarca. Los resplandores lejanos anuncian tormenta, y el cielo, de diáfano, conviértese poco á poco en densa madeja de negros algodones. Se inicia un trueno que pereute en la cuenca del río como una voz que riñe, y las aguas alborotadas truecan en avalancha que desborda los inofensivos encajes de sus espumas. Huyen los pájaros á refugiarse en sus nidos y el viento silva por entre las breñas. Gruesas gotas de lluvia humillan las matas que en la ribera crecen, y al recibirlas también en sus hojas, algo murmuran incomprensible y extraño los vecinos maizales.

Múnia, sorprendida por la tempestad, no se mueve. Está aterrada. En aquellos salvajes sonidos del trueno que se acerca le hace ver la superstición algo fatídico. Se santigua con frecuencia y aprieta mucho contra su pecho, envolviéndole en el picote de su saya, al niño que llora. A cada fulgor de un nuevo relámpago, que pasa de nube á nube, Múnia da un estrechón á su niño. Convulsa y desencajada, parece que quiere, para defenderlo, introducirlo dentro de su ser.

Y el río crece, con sonido ronco, como acechando una presa. Y el relámpago, al abrirse el cielo en un punto, parece un ojo inyectado que mira. Y el trueno simula un vozarrón de gigante que blasfema. La fantasía de Múnia, excitada por la noche que cerró ya del todo, no vé en aquello un fenómeno natural, sinó los resultados de un poderoso maleficio. Su faz se alarga con el miedo, sus dientes chocan y rechinan amenazando pulverizar la mandíbula que les sostiene, sus ojos se salen de las órbitas, su cabeza comienza á des-

variar. Quiere levantarse y no puede, quiere gritar y la voz no brota de su pulmón congestionado. Mira con horror al río que se encarama por la tersa superficie del cantil que no huye. Está clavada á aquel montón de cuarzo en que se sienta.....

De pronto un trueno mayor que todos, revienta en su oído... Múnia se horroriza, abre los brazos, y el niño desde el regazo de la aterrada mujer, pasa rodando al fondo del río que ya le esperaba. Loca, despavorida, jadeante, extiende sus brazos como pidiendo su niño á la corriente que se lo lleva; pero la corriente se aleja á prisa culebreando, y conduciendo un dolor inmenso en sus negruras.

\*  
\*  
\*

No, no hay piedad... ¿Quién le habla de piedad al feudalismo?... La madre dolorida, será un juez de la que amamantó á su hijo, para después matarle. Desapareció la madre y surge la leona. La amiga de las viejas confianzas con Múnia, será ahora la cuchilla que la hiera. ¡Un hijo perdido! ¡La perpetuidad de un nombre acaso borrada por el estúpido terror de una villana! El Conde viene; ya llegó el buen Alvar, anticipándose, para traer gratas nuevas de su señor, y al abrazarse con su Múnia, huida desde la aciaga noche, leyó en sus ojos y oyó de sus lábios la relación terrible de tanta desdicha. No, no habrá perdón; él conoce bien todos los resortes del alma de un caballero; él sabe de memoria la leyenda de las venganzas; él aspiró allí en el castillo el vapor de la sangre fresca de las justicias... Un noble no perdona; el noble tiene el corazón, como su cuerpo, forrado de férrea corteza, que no permite el paso á las súplicas...

A aquella cabaña, donde huyó Múnia, buscando un asilo, llegará en breve la representación de una magestad implacable; el sayón huroneará la guarida, y no ha de marcharse sin llevar en la mano una cabeza...

—Huyamos, Múnia mía... ¿pero á dónde?... ¿Dónde marchar que el aterrorador poder no nos sorprenda?... ¿Vés esas cresterías azules de la montaña que reciben del cielo un caudal de luz?... pues allí los sabuesos del Conde nos cazarán como á fieras...

Gente armada se aproxima. Ya los cuantos de las lanzas percuten en la débil puerta de la choza. Gerga de gritos y de juramentos se oye. Ya están ahí. La puerta cae á los golpes deshaciéndose en astillas, y el sayón repugnante, al entrar en el recinto, ve los esposos aterrados, defendiéndose mú-

tuamente con sus cuerpos. La palabra perdón suena; pero no se escucha. El hacha de acerado filo se apresta; el olor de la sangre, pronta á correr, embriaga á aquella canalla miserable. Alvár desnuda su daga, decidido á vender cara la vida de su esposa... el acero vibra un momento en su diestra; pero el brazo se le cae y envaina de nuevo aquel instrumento inútil...

De pronto, una idea brota en su cerebro; llama á parte al sayón, le habla, discuten, triunfa, y por epílogo á aquella conversación tenebrosa y secreta, se ve pasar una bolsa de cuero, en cuyo interior timbra el oro, del seno de Alvár á la manaza del sayón que la recibe y oculta con codicia...

El pacto está hecho y sellado: cabeza por cabeza.....

Alvár reemplazará en el tajo á su mujer.

\* \* \*

Ya la cuerda de cáñamo liga las robustas muñecas del noble escudero. El tajo está listo y calzado con cuñas para conservarle la horizontalidad. La tropa se agrupa en semicírculo. El sayón sonríe y tienta, con disimulo, el sitio donde colocó la bolsa de monedas en el interior de su jubón.

Se acerca el momento. Alvár mira al techo que le oculta el cielo azul como ofreciendo á Dios aquel sacrificio; junta los labios en actitud de besar á su mujer que dentro gime y espera, y con movimiento enérgico, decisivo, se tiende y coloca el cuello descamisado sobre el tosco picadero. Alza el verdugo, con potente ademán, el hacha corva, mantiénela un momento en el aire, y antes de descender y herir, ya Mánia, rápida como su pensamiento, frenética, lúgubre, está tendida al lado de su esposo, abrazada á él con salvaje vigor y reposando el blanco cuello sobre su misma brutal almohada. La acción fué inexperada y vertiginosa, sin un ademán sin un sollozo, sin un grito..... Cuando el hacha, alza la un segundo, terminó su viaje, hizo, en vez de uno, dos asesinatos; tronchó dos gargantas unidas, y dos cabezas se desprendieron juntas rebotando por el pavimento y regándolo con el raudal de sangre que vertían las carótidas. En aquellos cuatro ojos, aún abiertos, había ira, y el troceo de Alvár se agitó en movimientos nerviosos que no cesaron hasta que la mirada de su cabeza perdió el brillo tomando el empañamiento de la muerte.

\* \* \*

Formando linde á la dilatada carretera que conduce al feudal castillo, se

ve un pinar. Antes de introducirse en la espesura, que forma el conjunto del arbolado, hay dos pinos solos, unidos, que crecen paralelos y cuyas ramas se entrelazan unas á otras como manos que se estrechan con cariño. En el descascarado de sus cortezas, que dejan al descubierto pedazos de encarnado tronco, parecen verse heridas. Cuando la brisa de la noche llega con sus cadencias y con sus misterios: los pinos unen sus copas y, besándose en lo alto cambian entre sí el aroma de sus resinas evaporadas. Desde lejos, y cuando la luna alumbra con su plateada luz, simulan aquellos árboles solitarios, una pareja amante y selvática que se dió cita á la entrada del bosque. El viajero que se acerca se ve obligado á refrenar su caballo que se asusta al ver aquellos dos pinos que se adelantan.

Preguntad á los aldeanos de la comarca y os dirán que debajo de aquellos pinos están enterrados los restos de aquel buen escudero y de aquella robusta criadora.

Alvár y Múnia son *la avanzada del pinar*.

JOAQUÍN DE ARÉVALO.

Ferrol, Marzo 1887.

---

LA CORUÑA

JOSÉ MIGUEZ PEINÓ Y HERMANO, IMPRESORES

San Andrés 98, bajo.

1887